

Felipe Burbano / Carlos de la Torre

El populismo en el Ecuador

Alfredo Pareja Diezcanseco
George Blanksten
Agustín Cueva
Pablo Cuvi
Oswaldo Hurtado
Rafael Quintero
Amparo Menéndez-Carrión
Lautaro Ojeda
Iván Fernández - Gonzalo Ortiz
John D. Martz
Amparo Menéndez-Carrión
Jorge León



320.58
B891P
EJ.2



BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: _____
Compra: _____
Proveedor: _____
Canje: _____
Donación: _____

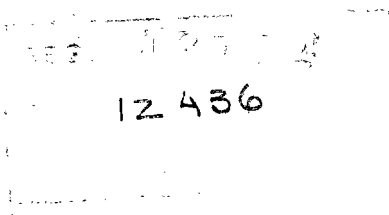
Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales,
ILDIS,

© ILDIS, 1989

1ª Edición, Septiembre/1989

Diseño y Diagramación:
Grupo Esquina editores-diseñadores, S.A.

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A
Quito, Ecuador



Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad del o los autores, y por lo tanto, no representan el criterio institucional del ILDIS sobre el tema.

CONTENIDO

Presentación	9
SECCION I	
Reflexiones sobre el estudio del populismo en el Ecuador	13
I. Introducción al concepto de populismo	13
II. Velasquismo y populismo	27
III. La continua vigencia del populismo en el Ecuador	51
IV. Preguntas para futuras investigaciones	58
SECCION II	
Antología de textos sobre populismo	67
1. <i>Populismo o Velasquismo</i>	
Teoría y práctica del conductor conducido, Alfredo Pareja Diezcanseco	71
Ecuador: Constituciones y caudillos George Blanksten	99
El Velasquismo: ensayo de interpretación Agustín Cueva	113
¿Caudillismo o populismo? Pablo Cuvi	147
Populismo y carisma Osvaldo Hurtado	173
El mito del Populismo Velasquista y la consumación del pacto oligárquico	

Rafael Quintero	199
Hacia una interpretación de la naturaleza del comportamiento electoral urbano en contextos de precariedad estructural: Propuesta para el caso de Guayaquil	
Amparo Menéndez-Carrión	261
Discursos políticos	
Lautaro Ojeda	285
2. <i>La continua vigencia del populismo en el Ecuador</i>	
Crisis económica, pobreza urbana y populismo	
Iván Fernández y Gonzalo Ortiz	307
La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960	
John D. Martz	323
Estructura y dinámica de la articulación electoral en las barriadas de Guayaquil, 1949-1978: El nivel local	
Amparo Menéndez-Carrión	351
Clientelismo y política en sectores urbanos	
Jorge León	455
SECCION III	
Bibliografía sobre el populismo en el Ecuador	471

Populismo y Carisma*

Oswaldo Hurtado

*. Este texto forma parte de la tercera parte del libro *El poder político en el Ecuador*, Universidad Católica del Ecuador, Quito, 1977.

1. La presencia popular

Hasta 1949 el crecimiento de la población no superó el 1.5 por ciento anual. En los años siguientes se acelera muy rápidamente cuando en la década del cincuenta sube al 3 por ciento, en la siguiente al 3.2 por ciento y en la presente al 3.4 por ciento. Como consecuencia, la población del país que en 1950 fue de 3.2 millones de habitantes, en 1962 sube a 4.5 millones y en 1974 a 6.5 millones. Esta “explosión demográfica” no se debe a inmigraciones ya que el Ecuador no recibe contingentes importantes de población extranjera —el Censo de 1974 establece la presencia de sólo 39 mil extranjeros— y tampoco al aumento de la tasa de natalidad que se mantiene más o menos estática y que tiende a disminuir: 46.2 por mil en 1950 y 36.3 por mil en 1974. La causa radica en la disminución persistente de la tasa de mortalidad que en 1950 es de 17.3 por mil y en 1974 de 9.8 por mil. El vertiginoso crecimiento de la población a una tasa que se equipara a las más altas del mundo —sumado a otras causas— trae consigo la aceleración de las migraciones cuando se produce una apreciable transferencia de población de la Sierra a la Costa y del campo a las ciudades. En efecto, la participación del litoral en la población del país que en 1950 era del 40.5 por ciento pasa al 49 por ciento en 1974. Lo propio sucede con las ciudades cuya población en 1950 sólo representó el 28.5 por ciento y en 1974 el 42 por ciento. Algunas crecen en una forma más vertiginosa, sobre todo las de la Costa, a tasas superiores al 10 por ciento anual, como por ejemplo son los

casos de Quevedo, Santo Domingo de los Colorados y Machala; otras como Esmeraldas, Portoviejo, Manta, Guayaquil y Quito en la Sierra superan la tasa del 5 por ciento anual.¹

Las migraciones y la urbanización traen consigo consecuencias políticas. En primer lugar contribuyen a acelerar la descomposición del “sistema hacienda”. Como se indicó antes, cuando él rigió hegemónicamente la mano de obra campesina fue absolutamente dependiente y por tanto no pudo abandonar el campo y lo mismo sucedió con otras personas que sin trabajar en dicha unidad agrícola de producción, en virtud de la fuerza del sistema social que originó, de los intereses creados y de los valores culturales transmitidos, tampoco pudieron desprenderse de él. Pero a partir de 1950 —e incluso antes— esta situación comienza a variar sustancialmente. Los medios de comunicación se amplían y se extienden prácticamente a todos los lugares del país, tanto por la construcción de caminos como por la difusión masiva de la radio. Gracias a ellos la sociedad rural entra en contacto con la urbana con la que, en el mejor de los casos, antes sólo había tenido relaciones esporádicas. De esta manera los grupos sociales más permeables, no dependientes absolutamente de la hacienda, constituidos por asalariados, artesanos, pequeños comerciantes y medianos propietarios que habitaban las parroquias rurales serranas o el campo costeño, emigran a las zonas bananeras o a las ciudades vecinas donde crece rápidamente el sector terciario de la economía constituido por el comercio, el transporte y los servicios. Efectivamente, las ciudades que más se urbanizan son las que se constituyen en centros de comercialización del banano: Quevedo, Santo Domingo de los Colorados, Machala, Esmeraldas y Guayaquil. La descomposición del sistema hacienda y el proceso migratorio se acentúan por la expedición de las leyes de Reforma Agraria y de la Abolición del Trabajo Precario en la Agricultura. Como con ellas no siempre el campesino obtiene la propiedad de la tierra —al menos en tamaño suficiente— y en cambio se transforman en libres los antiguos trabajadores dependientes, se abre la posibilidad de que migren a ofrecer su fuerza de trabajo en las plantaciones de la Costa o en los servicios urbanos. Al mismo tiempo, por los nuevos salarios mínimos, muchos ha-

1. Las cifras citadas han sido tomadas de los tres censos de población del país: 1950, 1962, 1974.

cendados se ven obligados a racionalizar el empleo de mano de obra. A esta “expulsión” de campesinos que se traslada desde la zona rural se suma la atracción de la ciudad por el incremento de la industria y de la construcción que a su vez alientan el crecimiento de los servicios, el comercio y el transporte, actividades que se desarrollan gracias a la acumulación de capitales generada primero por el banano y más tarde por el petróleo.

Los migrantes calificados –que son los menos– o que disponen de capitales, fácilmente se integran a los sectores económicos propiamente capitalista –industrial, financiero, grande y mediano comercio, etc.– en los que obtienen ocupación segura, bien remunerada y los beneficios económicos, sociales, culturales y políticos garantizados por las leyes. Distinta es la suerte de las otras poblaciones migrantes. El incipiente desarrollo industrial, el uso de tecnología avanzada, las altas tasas de crecimiento de la población y en general la forma en que está organizado el sistema productivo, no permiten la creación de suficientes plazas de trabajo que absorban estos “excedentes” de mano de obra –en relación con los recursos explotados y no con los explotables– que al no encontrar ocupación en los sectores modernos de la economía, son relegados al desempeño de tareas escasamente remunerativas denominadas subempleos: comercio ambulante, servicios personales, artesanía, construcción, etc. Estas poblaciones constituyen los marginados –también se les denomina subproletariado– a los que el sistema incorpora como fuerza de trabajo, pero en actividades económicas de baja productividad, sin hacerles acreedores a los bienes y beneficios de que gozan los otros grupos sociales. Según la Junta de Planificación, en esta condición de marginalidad² se encuentra el 52 por ciento de la población activa.³

La formación de las poblaciones marginadas es una consecuencia de las peculiares condiciones que rodean al desarrollo del sistema capitalista en el Ecuador y por tanto no les son aplicables los conceptos mar-

-
2. El reconocimiento de este hecho social que se ha dado en llamar marginalidad no significa desconocer las “relaciones de dominio y explotación entre grupos culturalmente heterogéneos” que se expresan en el “colonialismo interno”.
 3. Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica, Ecuador: Plan Integral de Transformación y Desarrollo 1973-77, Ed. Santo Domingo, Quito 1972, p. 9. En dicho porcentaje del 52 por ciento, naturalmente constan tanto los marginados del campo como los de la ciudad.

xistas de “ejército industrial de reserva”, de “superpoblación relativa” y de “lumpenproletariado” y tampoco el de “mano de obra desocupada” de la economía clásica.⁴

En una economía de mercado, como es la urbana, en la que todos los bienes deben comprarse, los escasos ingresos que reciben estos migrantes no les permite satisfacer ni siquiera las necesidades vitales, siendo la más afectada la de vivienda. Es así como en las ciudades de la Costa, a fines de los años cuarenta comienzan a formarse los barrios suburbanos y en la década del sesenta los tugurios centrales en las urbes de la Sierra. Estas poblaciones expelidas por el campo y atraídas por la ciu-

4. Carlos Marx (*El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México 1972, T. I, C. XXIII) llama indistintamente “superpoblación relativa” o “ejército industrial de reserva” a los trabajadores desplazados por las máquinas convertidas en el “competidor del mismo obrero”. Esta “población sobrante, es decir, inútil por el momento para los fines de la explotación del capital”, según Marx, tiene un destino múltiple: volver a la manufactura tradicional; emigrar a ultramar en “pos del capital emigrante”; incrementar la oferta de mano de obra para así mantener bajos los salarios de los trabajadores ocupados; constituir una reserva disponible de trabajadores para cuando lo exija el crecimiento de la industria, en los periodos de auge. Evidentemente ninguno de estos conceptos —y tampoco el de “desocupados” aportado por la escuela clásica de la economía— encaja en el de población marginada, en los términos en que ésta se da en el Ecuador. Efectivamente, los marginados no son trabajadores cesantes de la actividad industrial a la que nunca han tenido acceso; no tienen ninguna posibilidad de emigrar a otros países por las nuevas condiciones del mundo y precisamente por su situación de marginalidad; no ejercen ninguna influencia en la fijación de los salarios de los trabajadores ocupados que más bien son determinados por la acción de otros factores: escasez de mano de obra calificada, presión sindical, legislación proteccionista; finalmente, es imposible que el desarrollo industrial del país, sujeto a tantos condicionantes internos y externos, pueda crear suficientes ocupaciones para absorber altas proporciones de una población marginada estimada en un 52 por ciento y que crece muy rápidamente a una tasa superior al promedio nacional del 3.4 por ciento. Tampoco es aplicable a los marginados el concepto de “lumpenproletariado”. Dentro de él Marx incluye a los “vagabundos, los criminales, las prostitutas, en una palabra, al proletariado andrajoso” (ob. cit. T. I, p. 545. El subrayado consta en el original), al que, en otra obra (C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista* Ed. Ateneo, Buenos Aires 1973, p. 47), califica como “el producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la sociedad”. Evidentemente, la enumeración y la definición no corresponden a los marginados. Sobre el tema se puede consultar: José Nun, *Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal*, *Revista Laso, Comentarios sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad*, *FLACSO Revista Latino Americana de Ciencias Sociales*, Nos. 1/2, junio diciembre de 1971, pp. 132 y ss.; Darcy Ribeiro, *El Dilema de América Latina*, Ed. Siglo XXI, México 1971 pp. 84-85; Ismael Silva, *Marxismo y Marginalidad*, mimeog. Quito 1974.

dad se encuentran con un contexto social diferente al que rodeó su aislamiento rural. En el escenario urbano entran en contacto con otros hombres que se encuentran en la misma situación y por primera vez tienen la posibilidad de constatar de cerca el bienestar de “los ricos”. Para ello sólo tienen que caminar por los barrios residenciales, mirar los locales comerciales y observar los automóviles que recorren las calles. El proceso psicosocial por el que los migrantes, ante la constatación de la pobreza propia y de la riqueza ajena, abandonan la creencia de que su situación constituye una “calamidad natural e insubsanable” y buscan la posesión de los bienes que tienen “los ricos” es muy bien descrito con los nombres de “efecto de demostración”, “efecto de deslumbramiento” y “expectativas crecientes”. Pero las “relaciones de producción” en las que participan múltiples patronos y su condición de no asalariados no les permite individualizar al explotador; el bajo nivel cultural limita la capacidad para comprender las causas de su situación y las condiciones que han de permitir su transformación; sus apremiantes necesidades –trabajo, vestido, alimentación, salud, vivienda– les colocan frente a problemas inmediatos cuya resolución no puede esperar a la llegada de la revolución; finalmente, todavía influenciados por la sociedad patriarcal propia del sistema hacienda y empujados por los valores paternalistas, buscan en la ciudad a otro “patrón” que atienda sus necesidades y les proporcione amparo y protección. Recientemente, un fenómeno parecido está surgiendo en las regiones rurales, cuando los campesinos, gracias a la compra de tierras y a la abolición de las formas de trabajo precario, han quedado fuera del control político de la hacienda.

Naturalmente, el líder carismático es el individuo más adecuado para representar los intereses e interpretar las frustraciones de estas poblaciones desarraigadas. A los ojos del pueblo se presenta con cualidades extraordinarias o al menos extracotidianas⁵ y por tanto con capacidad para comprender y resolver todos los problemas del mundo marginado. Es honesto e incorruptible –“no se casa con nadie”– y por tanto nada le impide defender sus derechos y someter a las leyes a todos los explotadores; su sabiduría le permite conocer y resolver los más diversos asuntos; su abnegación y sentido de sacrificio en el cumplimiento de

5. Ver Max Weber, *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México 1969, T. I, pp. 193 y ss., T. II, pp. 711 y ss.

la suprema misión de servir las causas populares le llevan a atender todo tipo de problemas y a recorrer los lugares más apartados constando necesidades, desfaciendo entuertos y castigando culpables; los ataques que sufre de la oligarquía —conservadora como es le atemorizan sus proclamas— demuestran la solidez de su compromiso. Al atribuírsele al líder populista cualidades extraordinarias y hasta mágicas,⁶ se forma alrededor suyo una mitología que impide a sus seguidores analizar las acciones en sí mismas. Todo acto es bueno, justo y legítimo si es ejecutado por él, ya que se le considera incapaz de cometer errores, los cuales, en el caso de aceptarse, siempre son atribuidos a sus colaboradores.

Los marginados fijan estas imágenes en su conciencia a través de las actitudes del caudillo —por ejemplo el enfrentamiento con ciertos representantes conspicuos de las clases dominantes— y más frecuentemente mediante la palabra hablada. Como a pesar de su aparente accesibilidad siempre guarda las distancias, el pueblo forma sus criterios masificadamente a través de la comunicación radial, de la manifestación pública, de la reunión barrial, de la concentración popular y de las audiencias. Estos son los únicos momentos en que la masa toma contacto con el “hombre”. Siendo la cultura del “subproletariado” visual y oral es la oratoria la que permite llegar a su corazón y no la razón y el pensamiento escrito. Es natural entonces que el demagogo, antes que por el contenido de sus discursos se interese por su expresión formal —belleza retórica, gesticulaciones, imprecaciones, timbre de la voz, etc.— ya que lo que interesa es mover los sentimientos y las pasiones. Sus palabras siempre van cargadas de promesas, halagos y condenas; jamás hace abstracciones ni emplea tecnicismos de ningún tipo, al contrario, plantea los problemas y necesidades sentidos por el pueblo en los términos más sencillos e inteligibles.⁷ Es tanta la importancia que se da a la orato-

6. Agustín Cueva D. (El proceso... ob. cit., pp. 97 y ss.) describe muy bien como se desarrolla esta mitología en el caso de Velasco Ibarra al que el pueblo llega a considerar como su “apóstol” y “profeta”. Nota del editor: la cita se refiere al libro “El proceso de dominación política en el Ecuador”, Ediciones Crítica, 1973.

7. El siguiente pasaje de un discurso del Dr. Velasco Ibarra ilustra lo que se acaba de decir: “Vosotros, los hombres que estáis aquí, vosotros, los fuertes brazos que ya los quisiera para sí don Galo Plaza, el momento que sois velasquistas sois la despreciable chusma velasquista, pero yo os diré lo que el Presidente Alessandri, un grande hombre de Chile, decía en ocasión análoga: ¡Querida chusma, con vosotros cuento para

ria que el “saber hablar” se considera como un requisito esencial que debe llenar el político que aspira a ser gobernante y aquel que “no sabe hablar” inevitablemente se lo cree privado de todo atributo y por lo tanto sin condiciones para ocupar la Presidencia de la República. Cuando la masa se encuentra con un caudillo carismático que reúna estas características se abandona a su posesión. Establece una relación personal caracterizada por la devoción filial, la lealtad a toda prueba y el respaldo incondicional, a cambio de lo cual aspira a recibir toda suerte de beneficios.

2. Los partidos populistas

Los partidos tradicionales son incapaces de comprender los efectos políticos de la presencia popular en las ciudades, de la descomposición de la sociedad rural dominada por la hacienda y, por tanto, de interpretar las nuevas condiciones sociales del país. Sus viejas ideas no responden a los problemas sentidos por la base social y sus organizaciones partidarias no son adecuadas para encauzar a las masas populares emergentes. Al perder los notables las instituciones en las que basaron el control político, son privados de sus clientelas electorales que pasan a ser mandadas por los “dirigentes” barriales y parroquiales. A todo ello se suma la eliminación del fraude electoral y el establecimiento del sufragio libre que multiplica sustancialmente el número de votantes. Mediante el sufragio, que constituye la única forma de participación política, las mayorías imponen su voluntad. Como consecuencia, el caudillo contemporáneo para llegar al poder, más que el apoyo de las armas y de

levantar la grandeza internacional del pueblo...! Solemne insolencia: “chusma”, “chusma”. En esta chusma hay artesanos beneméritos, de gran corazón y noble espíritu; en esta chusma hay mujeres abnegadas que sacrifican su existencia para salvar a sus hijos de la pobreza, por educarlos, por redimirlos, por darlos a la patria; en esta chusma hay campesinos que siembran, cosechan y dan la vida práctica que el pueblo tiene: la vida agrícola; en esta chusma hay brazos esforzados, grandes almas, nobles espíritus, hombres que saben morir por su ideal, hombres que saben luchar y vencer por dar al país la libertad electoral; sí, ¡esta chusma es el alma de la patria, esta chusma es la que redime a la República de la corrupción, del estancamiento egoísta, calculador y corrompido en que hoy está; sí, esta chusma es la que nos purifica, nos da fuerzas y nos levanta! ¡Pobres señores del gamonalismo estrecho y miserable! (Discurso del 31 de mayo de 1960 en la Plaza de San Francisco de Quito, Obras Completas, Ed. Santo Domingo, Quito 1974, T. XII B, p. 247).

los notables, requiere de los votos de los ciudadanos. En estas condiciones, se produce la inevitable crisis de hegemonía de la clase política tradicional y la aparición de los partidos populistas.

El “velasquismo” es el primer movimiento populista que aparece en el país. Si bien nunca se ha constituido propiamente como partido político, su influencia ha sido preponderante desde 1933 hasta nuestros días, años en los que su caudillo –José María Velasco Ibarra– ha contado con un multitudinario respaldo popular aglutinado alrededor de sus seis campañas electorales a la Presidencia de la República.⁸ Como es sabido, el origen más remoto del velasquismo radica en la *Compactación Obrera Nacional* (1932) formada para apoyar la candidatura presidencial de Neptalí Bonifaz e integrada por hombres de muy modesta extracción social –artesanos, obreros, pequeños comerciantes, etc.– todos ellos afectados por la crisis económica del país causada por la deflación mundial y la caída de las exportaciones. Cuando el triunfo electoral, que obtienen las masas populares en las primeras elecciones libres que se realizan en cerca de cuarenta años, es desconocido por el Congreso Nacional (cfr. pp. 128 y 157) vuelcan su frustración y su respaldo en favor del hombre que en la legislatura, primero como diputado y luego como Presidente de la Cámara, se alza por los fueros de la libertad de sufragio convirtiéndose en el más vehemente detractor del fraude electoral. Para los pueblos de la Costa, Velasco Ibarra es el adversario implacable del Presidente Juan de Dios Martínez Mera (1932) –elegido fraudulentamente– el odiado ex-gerente de la *Compañía Nacional de Estancos del Litoral* que, durante la “dominación plutocrática”, había dado muerte a la pequeña industria tabacalera del litoral y arruinado a millares de pequeños propietarios.⁹ Después de la renuncia de Martínez Mera forzada por la oposición parlamentaria de Velasco Ibarra, el caudillo popular es elegido Presidente de la República por primera vez (1934). Luego lo será por cuatro ocasiones más, una de ellas plebiscitariamente. Antes, recorrerá el país “palmo a palmo”, tomando contacto personal con la multitud, como nunca lo había hecho

8. Velasco Ibarra ha ocupado la Presidencia en los siguientes períodos: 1934-35; 1944-47; 1952-56; 1960-61; 1968-72. En las elecciones de 1940 perdió la presidencia por el fraude electoral. De los veinte años que le correspondió gobernar, debido a sus repetidos derrocamientos sólo ha podido ejercer el poder por 11 años.

9. Oscar Efrén Reyes, *Brevísima Historia del Ecuador*, Ed. abc, Quito 1970, p. 447.

antes un candidato presidencial, en una campaña en la que promete – como lo hará luego en todas las siguientes– “liquidar” los privilegios, “triturar” la plutocracia y “pulverizar” las trincas. Es así cómo, sin que haya mediado por parte de Velasco el deseo deliberado de constituir un partido, en la interacción política diaria entre un pueblo cargado de problemas económicos que busca una expresión y el líder que recoge e interpreta sus aspiraciones, se produce una natural y espontánea simbiosis que en el andar originará el velasquismo.

En los hasta ahora cuarenta años de velasquismo, su caudillo ha contado con la permanente y leal adhesión de amplios sectores populares representados principalmente por los marginados. En efecto, los bastiones electorales del velasquismo han sido las ciudades de la Costa que han sufrido procesos de urbanización y ciertos campesinos semintegrados a la vida urbana.¹⁰ Ellos han “arrastrado” a los obreros, que se le han adherido individualmente, pues, a diferencia de lo que ha sucedido con otros populismos latinoamericanos –peronismo, varguismo, aprismo– el velasquismo no ha contado con un aparato sindical que le respalde. La oligarquía ha sido su segunda fuerza de apoyo, sobre todo en el III y IV velasquismo, cuando el grupo agroexportador reafirma su tradicional poder gracias al desarrollo de la producción bananera. El financia las campañas electorales y sus representantes ocupan las más altas funciones en los ministerios y organismos públicos que tienen a su cargo la conducción de la economía del país. Siendo tan débiles los partidos políticos, incluso el Conservador y el Liberal que como estructuras partidarias se organizan sólo ocho años antes de la aparición del velasquismo,¹¹ al caudillo no le es indispensable contar con su concurso

10. Un líder campesino (Hammock y Jeffrey, ob. cit. p. 90) dice lo siguiente: “Claro, nosotros los campesinos como grupo político, estamos organizados dentro de la Federación Nacional Velasquista: los indígenas, la comunidad en general, porque esta comuna fue dada por el Dr. Velasco Ibarra. Entonces tenemos que ser siempre velasquistas porque él nos ha enseñado el camino, nos ayuda a ver una mejor manera. En cambio otros presidentes no les importa como vivimos”. Ver además Agustín Cueva D., *El Proceso...* ob. cit. pp. 76 y ss.

Nota del editor: el texto de Hammock y Jeffrey es “Hablan los líderes campesinos”, Gráficas Murillo, Quito, 1970.

11. Consideramos equivocada la afirmación de que el velasquismo destruyó a los partidos Conservador y Liberal, pues, ya se vio antes que sólo en 1925 se constituyen como tales. (cfr. pp. 128 y ss.) Más bien cabe sostener la tesis contraria, esto es, que las limitaciones del conservadorismo y del liberalismo, en todos los órdenes, explican y

y tampoco con el de los otros movimientos que surgen contemporáneamente.¹² Por eso le ha resultado muy fácil manipularlos a su antojo consiguiendo su adhesión sin “beneficio de inventario”, provocando escisiones o desafiliaciones u obteniendo la colaboración de muchos de sus afiliados a “título personal”. Los grandes adversarios del velasquismo han sido el movimiento estudiantil y las centrales sindicales, pero éstas más como una expresión de sus cuerpos directivos políticamente consientizados.

El velasquismo ha constituido un movimiento político personalmente afecto a su caudillo y por tanto absolutamente dependiente de su voluntad. Como dentro de él la fidelidad personal vale más que la adhesión institucional y la disciplina partidaria, aquélla ha sido un requisito indispensable para ingresar al grupo de los colaboradores del Dr. Velasco y los que han perdido su confianza han caído en desgracia siendo excluidos del círculo de fieles y privados de toda ascendencia política. Al formar los velasquistas una clientela electoral personal del caudillo y al reducirse la función de sus dirigentes al reclutamiento de nuevos seguidores y a cumplir con el papel de simples intermediarios entre el “apóstol” y “su pueblo”, ha sido necesario su presencia para que los adeptos se movilicen políticamente. Por ello han fracasado los proyectos de los que han pretendido convertirse en sus herederos o actuar por su propia cuenta. Es que el velasquismo, antes que un partido político ha sido un movimiento eminentemente electoral. Allí ha radicado su fuerza y su debilidad. La *Federación Nacional Velasquista* —también ha te-

facilitan el desarrollo del velasquismo. El mismo Velasco Ibarra se inclina por este punto de vista cuando en 1935 escribía: “concedamos por un momento que haya en el Ecuador partidos políticos. Y para el efecto de mi estudio, voy a tratar del partido conservador, del partido liberal, del partido socialista, del partido comunista y del pueblo ecuatoriano, como agrupación política, única fuerza pura, único elemento vigoroso y noble”. (Conciencia o Barbarie, Ed. Lexigama, Quito 1974, p. 47).

12. Casi todos los partidos políticos han tenido alguna vinculación con el velasquismo. Los conservadores en el I, II y III velasquismo; ARNE en el III y una fracción suya en los siguientes; CFP inicialmente en el III y la fracción guevarista en el V; el poncismo-socialcristianismo en el II y III; el Partido Nacionalista Revolucionario en el V y su caudillo en los anteriores; Liberación Popular y el Partido Patriótico Popular en el V; los partidos Socialista y Comunista en la acción parlamentaria de 1933 y en el II; la Democracia Cristiana con un ministerio en la etapa constitucional del V velasquismo en la que su tradicional adversario, el Partido Liberal, también llega a un acuerdo político con el caudillo.

nido otros nombres—se ha organizado únicamente para enfrentar las elecciones presidenciales y ha desaparecido de hecho una vez alcanzado el objetivo final de la toma del poder por su caudillo que, por lo tanto, en el ejercicio del gobierno se ha visto privado de un aparato político que le respalde. Pasado el aluvión electoral, la arena política ha quedado librada a la acción de sus adversarios crecidos en fuerza y representatividad y atrincherados en el Congreso Nacional. El mismo Velasco se ha opuesto sistemáticamente a que el velasquismo se organice como partido político, institución de la que ha sido su más grande detractor y a la que ha considerado absolutamente inútil.¹³ Cuando en 1968 la *Federación Nacional Velasquista* se constituye legalmente como partido político, lo hace solamente para cumplir con una formalidad que le habilita para participar en la próxima contienda electoral.

Como es corriente en los partidos populistas, también se caracteriza el velasquismo por su incoherencia ideológica que permite confluir en su seno a muy diversas tendencias políticas, tanto de izquierda como de derecha. Entusiasmados por las denuncias que hace Velasco de las injusticias sociales, por sus promesas de “triunfar a las oligarquías corrompidas”, por su política internacional independiente, por la movilización popular que desencadena, por ciertas afirmaciones sobre la necesidad de tomar las “cuestiones aceptables” del socialismo y del comunismo¹⁴ y fatigados por sus fracasos políticos, muchos ven en el velasquismo la posibilidad de que las transformaciones sociales puedan realizarse y se suman a él.¹⁵ Otros, más perspicaces, conocedores de la psicología del demagogo y de su pensamiento económico y social, no precisamente favorable a los cambios, conscientes de que el discurso retóri-

13. En un discurso Velasco dice: “Hay, pues, que formar no partidos porque el mundo no está hecho para partidos. Hay que formar movimientos. Los partidos son instituciones anquilosadas de la etapa burguesa que ya pasó. La hora actual de este siglo, es la vehemente explosión de los reclamos de las muchedumbres, de los reclamos nacionales. Hay que formar grupos, movimientos que penetren muy adentro de esta nueva hora en que los pueblos y las naciones se expresan y quieren fortificarse. Esto no lo van a entender jamás los anquilosados partidos políticos, esos grupos anarquizantes y descentrados que surgen hoy por todas partes”. (Diario El Comercio del 23 de marzo de 1969).

14. Citado por Agustín Cueva D., *El Proceso...* ob. cit. p. 92.

15. Tal cosa sucede en el II, III y IV velasquismo. Pero, apagados los fervores revolucionarios de los primeros meses, Velasco termina acercándose a los tradicionales sectores económicos, gobernando con ellos y enfrentándose a los sectores progresistas.

co es una necesidad de la campaña electoral y seguros de la ascendencia que ejercen sobre el caudillo, no ven posibilidad de que sean afectados sus intereses y también le apoyan. Es que Velasco, como suele suceder con todos los líderes carismáticos, es un “creador de ideología” que la va definiendo pragmáticamente en la política diaria de acuerdo a los acontecimientos y a las circunstancias.

Si bien Velasco no ha llegado a resumir sistemáticamente su pensamiento en un cuerpo doctrinario orgánico,¹⁶ del laberinto ideológico que constituye la doctrina velasquista es posible extraer las siguientes cuatro ideas constantes: defensa de las libertades religiosa y de sufragio, pasión por el progreso, sentido nacional, interés por la participación popular.¹⁷

Como lo ha declarado reiteradamente, doctrinariamente Velasco es un liberal, pero desprovisto de los prejuicios religiosos que han caracterizado a los liberales ecuatorianos. Al estilo de los progresistas y liberales del siglo pasado, es contrario a la utilización de la religión en la política y a la intervención de la Iglesia en las campañas electorales, sin por eso dejar de ser católico practicante. Defiende el laicismo, el Estado laico y las instituciones originadas en la Revolución Liberal, pero se opone a que se restrinja la libertad de la Iglesia Católica. Por ello, elimina la subordinación de los establecimientos educacionales confesionales a los públicos, contribuye al financiamiento de las escuelas y colegios

-
16. Cuando el Velasquismo es reconocido como Partido por el Tribunal Supremo Electoral presenta una declaración de principios que es obra de los velasquistas y no de Velasco. Sin embargo ella resume bien los principios de este movimiento político que se estudiarán enseguida, para lo que nos valdremos de los ensayos filosóficos y jurídicos, de los mensajes presidenciales y de sus principales discursos contenidos en las Obras completas del Dr. Velasco Ibarra (19 volúmenes) que acaba de publicar la Ed. Lexigama.
 17. Refiriéndose a la afirmación de un historiador de que “el velasquismo no tiene doctrina” Velasco responde de la siguiente manera: “El velasquismo tiene una doctrina, señor. Cree usted que no es doctrina el mantener y luchar originalmente, para que la libertad de sufragio sea un hecho definitivo, sistemático, en la República del Ecuador? Cree usted que no es una doctrina el haber luchado en la época de sectarismo más insensato y más ciego, por la libertad de enseñanza, y por la libertad religiosa en la República del Ecuador? Cree usted que no es una doctrina el haber planteado el derecho individual del hombre, con todas las consecuencias... que arrastra en lo económico, en lo social y en lo cultural... y el haber reivindicado los derechos internacionales del pueblo ecuatoriano...?” (Discurso del 27 de enero de 1961, en Obras Completas, T. XII B. Ed. Santo Domingo, pp. 297-98).

misionales y autoriza la creación de las universidades católicas. Consciente de las consecuencias negativas que la lucha religiosa ha tenido para el progreso del país, quiere que el debate político se oriente al tratamiento de los problemas que interesan al pueblo y afectan al Ecuador contemporáneo.

Se preocupa también por el restablecimiento de la libertad de sufragio sistemáticamente conculcada por los gobiernos liberales. En lo demás, busca que el Ecuador entre en contacto con las ideas del siglo, un gobierno democrático y la vigencia de las libertades públicas. Pero aún es estas materias, en las que hace constantes y claras definiciones teóricas, cae en contradicciones flagrantes. Clausura periódicos, persigue periodistas, amilana y coacciona al Congreso Nacional con las “barras velasquistas”, interviene en las campañas electorales a pesar de ejercer la Presidencia, rompe la Constitución y se declara dictador por más de una ocasión. Su temperamento autoritario frecuentemente le lleva a chocar con las leyes y las instituciones a las que considera obstáculos que paralizan la obra de gobierno. Estando de por medio su incansable afán de “servir al pueblo” no puede sujetarse a las “leguleyadas de los abogadillos sin conciencia”.

Igual que los otros presidentes educados en Europa, advierte el notable atraso del Ecuador con respecto a otros países y se propone colocarlo a tono con la época. Considera que el progreso vendrá como una consecuencia de la realización de obras públicas y de la extensión de la educación. Es necesario comunicar la Sierra con la Costa, a los puertos con el interior, al Norte con el Sur, al país con el mundo. Hay que dotar de una escuela a todas las poblaciones aun a las que se encuentran en los más remotos confines. Para ello emprende en una febril construcción de caminos, puentes, puertos, aeropuertos, canales de riego; en la instalación de plantas eléctricas y telefónicas; en la edificación de escuelas y colegios y en la ampliación de la enseñanza universitaria. Promueve la creación de entidades autónomas que atiendan los problemas regionales y provinciales y suplan las insuficiencias del gobierno y de una administración pública centralizada en Quito. No realiza el velasquismo transformaciones estructurales ni se preocupa por los problemas de los trabajadores, quizá por la conciencia que tiene de que su base política no se encuentra en los sindicatos. Velasco no estaba preparado ni intelectual ni políticamente para enfrentar el problema social.

Su formación jurídico-filosófica le lleva a plantearlo en términos asistenciales, morales y éticos o a considerar que su obra de gobierno es el mejor medio para resolverlos.¹⁸ Esta es una de las causas que explica el fracaso del IV y V velasquismo.

En su atropellado afán de progreso y de atención urgente a los requerimientos populares, importan poco los costos de los contratos, la calidad de las obras y la honestidad de las negociaciones.¹⁹ Tampoco los planes, los programas, los estudios de factibilidad y las observaciones de los técnicos. El pueblo sabe cuáles son sus necesidades y la obligación del gobierno de descubrirlas y atenderlas. Velasco en sus discursos peyorativamente se refiere a los “intelectualoides y tecnócratas de escritorio” que desconocen el alma popular. A pesar de ser el fundador de la Junta Nacional de Planificación, llega a tal punto su adversión a la programación que “dilata la ejecución de las obras”, que hace caso omiso del mandato constitucional que le obliga a adoptar el Plan del año 1969 formulado por el organismo que creó. Esta irracionalidad en la acción de gobierno, la no consideración de los aspectos financieros y su desconocimiento de la ciencia económica, han llevado a los gobiernos velasquistas a provocar devaluaciones monetarias y crisis insuperables de la economía.

Otra característica ha sido el contenido nacional e independiente de la política exterior de Velasco Ibarra. Siempre ha defendido la libertad del país para orientar las relaciones internacionales en función de sus intereses y no de los de otra nación, por poderosa que sea. En sus gobiernos, establece relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas —la primera vez en 1944 con Rusia—, se opone a que Cuba sea expulsada de la OEA, recibe a Fidel Castro, propicia el ingreso de la República Popular China a las Naciones Unidas y, a pesar de la oposi-

18. En los gobiernos de Velasco no se dictan leyes que favorezcan a los trabajadores. Tampoco se plantea el problema de los cambios estructurales. Sólo existe una excepción: la Ley de Abolición del Trabajo Precario en la Agricultura expedida en circunstancias muy particulares. Examinada la obra velasquista en materia social se encuentra lo siguiente: Banco de la Vivienda, Patronato del Niño, Junta de Defensa del Artesanado, Asociaciones Mutualistas, Dirección Nacional de Cooperativas, Almacenes de Subsistencias, relleno de los barrios suburbanos de Guayaquil.

19. Es conocida la absoluta honestidad personal del Dr. Velasco y la poca honradez de algunos de sus colaboradores a los que, un alto dirigente velasquista calificó como hombres “enloquecidos por el dinero”.

ción de las Cámaras de Producción, aprueba la integración del país en el Pacto Andino. De esta política internacional “antimperialista” se ha valido el caudillo para, en muchas ocasiones, neutralizar la oposición de los partidos marxistas en cuya conducta tanto influye el fenómeno internacional.

Pero quizá lo que más define al velasquismo es su empeño por obtener la participación popular en la lucha política. Velasco descubre intuitivamente el fenómeno de la urbanización de las ciudades y lo interpreta políticamente. De alguna manera, los sectores sociales preteridos ingresan en la escena política en la que participan al menos formalmente. Además algunos son llevados al ejercicio de altas funciones públicas que ya no sólo son desempeñadas por hombres provenientes de las clases tradicionales. Este contacto directo entre el pueblo y su líder le permite a Velasco proyectar una imagen popular —a pesar de que cree en las jerarquías sociales y las defiende— y neutralizar la oposición de la prensa escrita que siempre ha sido su adversaria.

Concentración de Fuerzas Populares (CFP) es el segundo partido político populista que se organiza en el país.²⁰ Su doctrina corresponde a la que suele ser corriente en este tipo de movimientos. El contenido “autóctono” queda también definido en los “Diez Puntos Doctrinarios del CFP” cuando afirma que su ideología “no es conservadora, ni totalitaria, ni liberal, ni socialista, ni comunista es decir no se funda en una colección de principios filosóficos abstractos e importados, desvinculados de nuestra realidad; la ideología del Cefepé es popular, porque mira al pueblo como conjunto y fenómeno nacional e histórico; y ecuatoriana, porque su razón de ser es el pueblo ecuatoriano, que vive en el territorio ecuatoriano y con la tradición de la historia ecuatoriana. De ahí su esencia profundamente democrática, progresista, antifeudal,

20. Carlos Guevara Moreno que había participado con los republicanos en la guerra de España y ocupado el Ministerio de Gobierno en el II Velasquismo, funda CFP el año de 1949. Para ello utiliza la Unión Popular Republicana (1947), un movimiento electoral que se había formado para auspiciar la candidatura a la alcaldía de Guayaquil del Dr. Mendoza Avilés. De esta agrupación política, frustrada por la derrota electoral e integrada en gran parte por los habitantes del suburbio que comenzaba a desarrollarse, se vale Guevara Moreno para organizar un partido férreamente disciplinado, con una estructura que llega a nivel de manzana en la ciudad y de parroquia en la zona rural de la provincia del Guayas. Usa técnicas de movilización de masas no co-

contraria al caciquismo de trinca y señorones de influencia, republicana, juricista y de transformación social y nacional de vasta escala”.²¹ Respondiendo a las necesidades sentidas, sobre todo de Guayaquil, propone que las masas sean consideradas deliberantes, su incorporación activa a la vida política y al control de los servicios públicos y su par-

nocidas en el país: propaganda con profusión de símbolos y slogans, himnos, marchas, banderas, pancartas, movilizaciones, brigadas de choque, etc., al estilo de los partidos nacionalistas europeos. Con el grito de “pueblo contra trinca” el “cefepismo” enfrenta al gobierno de Galo Plaza y luego al de Velasco Ibarra a los que ataca despiadadamente a través de la Revista Momento. Se fortalece en la persecución política cuando en el gobierno de Velasco sus dirigentes son descalificados de las funciones para las que son elegidos, apresados y desterrados y muchos militantes mueren en la lucha callejera. Para 1956 Guevara ya había sido elegido Alcalde y Diputado y adquiría los contornos de una figura nacional, con gran influencia en el electorado de la Costa. Es entonces cuando emprende en la campaña presidencial en la que si bien pierde, alcanza un éxito notable al obtener cerca del treinta por ciento de los votos. En las elecciones que se realizan en el año siguiente aumenta su influencia en la ciudad de Guayaquil cuando uno de sus líderes –Luis Robles Plaza– gana la alcaldía con el 73 por ciento de los sufragios. A partir de este momento comienza su declinación: una mala administración municipal sumada a pugnas internas y purgas, debilitan la imagen política del “cefepismo” y minan su estructura interna, de manera que pierde la Alcaldía de Guayaquil, el control hegemónico de esta ciudad y, en las elecciones presidenciales de 1960, a pesar de formar una alianza con otros partidos políticos, la CFP sufre una aparatosa derrota electoral al recibir en todo el país menos del 50 por ciento de los votos que antes obtuvo sólo en la provincia del Guayas. Guevara Moreno abandona la dirección del Partido, se exila voluntariamente y el “cefepismo” aparece liquidado políticamente. Sin embargo resucita liderado por Assad Bucaram, un comerciante viajero de origen libanés elegido diputado suplente por la CFP en 1956 y diputado principal en 1958. Este locuaz e histriónico legislador que por entonces pocos le tomaban en serio, aprovechando la ausencia del “capitán”, el retiro o purga de muchos de sus “tenientes”, asciende desde su puesto de “sargento”, erigiéndose como el nuevo caudillo del CFP cuando en 1962 es elegido alcalde de Guayaquil con el 43 por ciento de los votos emitidos. Su figura crece gracias a una buena administración municipal y a la persecución que sufre de la Junta Militar cuando le destituye de la alcaldía, de manera que cuando se restablece el régimen constitucional es elegido primer diputado por el Guayas a la Asamblea Constituyente (1966) que a su vez le designa Vicepresidente de ella. En 1967 es elegido por segunda vez alcalde de Guayaquil y en 1970 Prefecto Provincial del Guayas con más del 50 por ciento de los votos emitidos. El V velasquismo contribuye a proyectar la figura regional de Bucaram a nivel nacional, cuando lo destituye de la Prefectura Provincial, lo destierra e impugna su nacionalidad ecuatoriana, convirtiéndole en el seguro triunfador de las elecciones presidenciales que debían realizarse en 1972. En estas circunstancias, se produce el golpe de Estado del General Guillermo Rodríguez, entre otras razones, para impedir el acceso al poder del nuevo caudillo populista.

21. Lo citado y lo que se diga a continuación provienen de la publicación: Doctrina, Programa y Estatutos del CFP aprobados en la I y II convenciones del Partido.

tipación en los beneficios sociales que otorga y debe ampliar el Estado; el imperio igualitario de la Ley para todos a fin de que “proteja a los desvalidos” castigue a las “trincas feudales y plutocráticas” y se constituya “en la norma de convivencia pública”; fiscalización de los bancos y control efectivo de su especulación comercial y usuaria;²² rígido control del comercio exterior para garantizar la estabilidad monetaria y la capitalización del país; programas de vivienda para erradicar las habitaciones miserables y antihigiénicas del campo y de la unidad; desarrollo industrial al que el Estado debe prestar todo su respaldo; construcción de infraestructura física y social que aliente el progreso del país. El programa prevé la organización sindical ya que su clientela electoral está constituida fundamentalmente por los grupos sociales marginados.

En la evolución del CFP es posible distinguir dos etapas, según sea el caudillo que controla la organización política: la “guevarista” (1949-1960) y la “bucaramista” (1961.....) En la primera, a pesar del manifiesto liderazgo del “capitán” –Carlos Guevara Moreno– el partido, como doctrina y estructura influye en la orientación política del CFP. Además, es importante el papel de un equipo de dirigentes nacionales e incluso provinciales, a cuya acción en parte se debe la expansión del cefepismo y la exitosa lucha política en las difíciles condiciones que rodearon sus primeros años. En cambio en la segunda, como organización político-doctrinaria el partido deja de existir, al convertirse en un simple instrumento de los intereses personales de su nuevo caudillo –Asaad Bucaram– que se ha valido de su autocrática autoridad para eliminar cualquier discrepancia. La doctrina del Cefepé, antes que situarse en las nuevas circunstancias del país y avanzar con respecto a la que fue elaborada por sus fundadores, más bien ha involucionado. Bucaram –que es el único que hace definiciones “ideológicas” dentro del CFP– muy claramente ha expresado su opinión poco favorable a la reforma agraria y, como buen comerciante, se ha pronunciado por el librecam-

22. En la ciudad de Guayaquil, en las décadas pasadas y aparentemente en algunos casos todavía ahora, era corriente que los bancos concentraran sus créditos en las empresas de sus grandes accionistas y que en los préstamos otorgados a otras personas, los gerentes recibieran un interés adicional para su beneficio personal, que debía ser cancelado por el cliente en dinero efectivo y sobre el que no se otorgaba ningún comprobante. A esta operación se le llamaba “interés bajo la mesa”.

bismo. Su empirismo le lleva a deducir los principios doctrinarios de su existencia vital—que es muy amplia por su profesión de agente viajero—, de manera que en sus planteamientos políticos revela habilidad para tocar los problemas estructurales y en general los conflictos colectivos.²³ Quizá por su conciencia sobre estas debilidades, por afinidades ideológicas y enfrentando a la inminente posibilidad de ocupar la Presidencia de la República, busca una alianza con el Partido Liberal junto al cual actúa políticamente en las campañas electorales en los últimos años.

23. Extraemos los párrafos más importantes de una reciente entrevista concedida por Bucaram a la Revista Nueva (N° 20, junio de 1975, Quito), pp, 54 y ss.

— Señor Bucaram, si a Ud. le correspondiera ser Presidente de la República, qué haría?

— “Yo haría lo que estoy diciendo. Lo primero que haría sería frenar la explotación, los privilegios. Distribuir la justicia social, los bienes del Estado entre los ecuatorianos... Bien podemos aprovechar del sistema capitalista lo aprovechable. Y del sistema socialista lo que conviene a la solución de nuestros problemas. Yo no hubiera dejado exportar ganado al Perú para luego traer las minivacas de Costa Rica. Debería haber un control de la producción. Un control de la exportación. Un control del comercio. Respetando la iniciativa privada, porque estamos desarrollándonos bajo un sistema capitalista, pero del sistema socialista se puede aprovechar lo que conviene a nuestros intereses”.

— Y qué es lo que a su juicio convendría del sistema socialista, Señor Bucaram?

— “¿Ah? (...) Bueno, una, una, una dirección adecuada de determinados aspectos de la economía, mi estimado amigo”.

— Se refiere a la planificación?

— “¿Ah? (...) No... Dirección de la economía. Claro, tiene que ser a base de planificación. Usted tiene que controlar la producción, por ejemplo. No se puede sembrar en una zona que no es conveniente sembrarlo. Tiene que sembrarse lo que técnicamente es adecuado para esa zona y también lo que necesita el país, sea para su consumo o para su exportación. Eso se llama planificación. Claro, así se llama. Usted me está ayudando a desarrollar mis ideas. Muy agradecido estimado amigo”.

— Qué aprovecharía usted del sistema capitalista señor Bucaram?

— “¿Ah? (...) Bueno, yo alentaría al hombre a que tenga propiedad... Yo respetaría la iniciativa privada, la empresa privada, siempre que no vaya contra el interés colectivo... Un hombre que se conforme con utilidades justas. Que no trate de enriquecerse ilícitamente. Que no trate de duplicar su capital día a día, mes a mes o año a año. A ese hombre hay que alentarlo para que siga invirtiendo sus recursos para beneficio de la comunidad, en vez de recurrir a préstamos de afuera, aquí y allá y tratar de atraer empresarios extranjeros, cuando nuestros capitalistas, muchos de ellos, aún, aún, subrayo esa cosa, aún tienen su dinero en otros países”.

Finalmente tenemos el Partido Nacionalista Revolucionario.²⁴ Como los otros movimientos populistas analizados, también éste está determinado por la personalidad de su Fundador –Carlos Julio Arosemena Monroy– que en 1966 organiza una agrupación electoral denominada Movimiento Nacional Arosemenista sobre cuya base estructura el PNR. En él confluyen diversas tendencias ideológicas que van desde las más conservadoras hasta algunas de clara orientación marxista empujadas en constituirlo en una “fuerza aglutinante de la izquierda, hoy dispersa en decenas de grupos atomizados”.²⁵ Probablemente por la influencia que ejercen estas últimas, en su Manifiesto de fundación el PNR afirma que se organiza para representar políticamente a los campesinos, estudiantes y trabajadores y para luchar por la vía revolucionaria contra las oligarquías y los monopolios extranjeros, rescatando y desarrollando “los valores más auténticos de nuestra nacionalidad” encarando “los nobles anhelos de justicia y dignidad humana. En su Declaración de Principios propone una reforma agraria radical que acabe definitivamente con el latifundismo; la nacionalización de los recursos fundamentales de la producción económica a fin de defender las rique-

24. En 1966, en Guayaquil se organiza una agrupación electoral denominada Movimiento Nacional Arosemenista para apoyar la candidatura de diputado a la Asamblea Nacional Constituyente de Carlos Julio Arosemena Monroy. Hijo de un presidente de la República y primo de otro –fundador del Partido CID–, proviene de una familia de banqueros. Muy vinculado con los grandes grupos económicos de Guayaquil, Arosemena siempre había militado en el movimiento velasquista del que fue su director y gracias al cual ocupó altas funciones públicas, como las de Ministro de Estado, legislador y Vicepresidente de la República. Su posición favorable a Cuba cuando fue Presidente, la campaña que en la Asamblea hace contra el militarismo y el imperialismo, a los que responsabiliza por su derrocamiento, y otras posiciones antimperialistas y nacionalistas como la defensa de las 200 millas, del mar territorial, entusiasman a algunos hombres de izquierda. Estos, junto con ex-colaboradores del gobierno de Arosemena y sectores velasquistas, constituyen el Partido Nacionalista Revolucionario (PNR). Su heterogénea composición y la autonomía con que procede su caudillo que ordinariamente prescinde de la organización partidaria, explican la ambivalente conducta política del PNR. En 1967 y 1970 se suma a las coaliciones antibucaramistas integradas por los sectores más tradicionales de Guayaquil que intentan detener el ascenso político de Bucaram; en las elecciones presidenciales de 1968 forma filas con el velasquismo; en 1972 forma el Frente de la Patria junto con los partidos marxistas y el Partido Demócrata Cristiano; en 1975 otra vez se une a los grupos de derecha en la Junta Cívica que intenta derrocar al general Guillermo Rodríguez.

25. Revista Mañana, N° 279, Quito, marzo de 1969.

zas naturales que posee el Ecuador; liquidación de los monopolios nacionales de exportación; política internacional que preserve la soberanía nacional abierta a todos los países del mundo.

3. El populismo

Sin duda el más importante aporte del populismo constituye la incorporación masiva del pueblo al proceso político en el que se convierte en un factor determinante, al menos de las contiendas electorales. Los sectores sociales menos favorecidos ingresan en la escena política y se transforman en actores –pero sólo en forma parecida al coro de las tragedias griegas– cuando son escuchados por el caudillo o visitados por sus intermediarios, al asistir a las manifestaciones públicas, al ser recibidos en audiencias, al ver que se plantean sus necesidades y se denuncia la explotación que sufren, cuando sus candidatos triunfan en las elecciones. Mediante estas nuevas formas de reclutamiento y proselitismo político el caudillo populista forma su clientela electoral y llega al poder. Ahora la autoridad ya no se origina en la fuerza de las armas o en la influencia de los notables; como lo diría Michels, el dominio individual se basa en la voluntad colectiva, esto es, en la “omnipotencia democrática de las masas”.²⁶

Además el populismo constituye el primer intento de dibujar una “ideología nacional” en la medida en que representa los problemas sentidos por los grupos populares y responde a las condiciones objetivas del país. Estos partidos, con mucha razón llamados “autóctonos”, descubren las nuevas condiciones económicas y sociales e interpretan políticamente a los emergentes sectores populares que aluvionalmente llegan a las ciudades. Rechazan explícitamente los aprioris ideológicos cuyo origen europeo les convierte en abstracciones teóricas extrañas a la realidad nacional. Mientras otros partidos buscan organizar a la “clase obrera” en un país en el que el proletariado es cuantitativa y cualitativamente débil, los caudillos populistas claramente ven que la fuerza popular se encuentra entre los marginados y se vuelcan a su movilización política. A este “subproletariado” le hablan en su lenguaje propio,

26. Robert Michels, *Los Partidos Políticos*. Amorrortu Editores, Buenos Aires 1973, T. II pp. 18 y 22.

procurando llegar principalmente a sus sentimientos, sin caer en abstracciones de ningún tipo y sólo empleando ideas simples fácilmente inteligentes, frecuentemente reducidas a slogans de consumo general. A hombres apremiados diariamente por necesidades de todo tipo no puede pedírseles que esperen una ininteligible “nueva sociedad”.

Entre el caudillo y su movimiento político existe una absoluta identificación al punto que incluso llega a darle su nombre: bien podría decir “el partido soy yo” parafraseando al Rey Sol. No se inspira en principios doctrinarios precisos y son de su exclusiva incumbencia las definiciones ideológicas que las va haciendo con el correr de los días y de acuerdo a las circunstancias. El caudillo está excluido de la disciplina partidaria y sobre él la organización política no ejerce ninguna autoridad. Su compromiso con los intereses del pueblo y la magnitud de su misión impiden que se sujete a ningún tipo de control. Además, como lo señala Max Weber, la personalidad carismática es inestable por su propia naturaleza. Como consecuencia, todo el proceso político queda subordinado a la voluntad de un hombre que actúa con absoluta libertad. El poder que el caudillo recibe de la masa se torna irrevocable cuando se emancipa de ella en el ejercicio del gobierno y la convierte en un ente subordinado sin ninguna autonomía. Ejerce una función arbitral entre las fracciones que operan en su organización política y con respecto a las fuerzas económicas y sociales que acceden a la función pública. Sus desplazamientos programáticos y doctrinarios le llevan a realizar las alianzas partidarias menos previsibles y a ejecutar las definiciones políticas más inesperadas. Mientras un día los representantes de los grupos dominantes son perseguidos y se nombran ministros a hombres progresistas, al día siguiente estos pasan al ostracismo y aquellos les reemplazan en las funciones vacantes.

Refiriéndose al velasquismo, Agustín Cueva D. dice que ha constituido un elemento de conservación del sistema al que le ha permitido “absorber sus contradicciones más visibles y superar al menor costo sus peores crisis políticas”.²⁷ En verdad los partidos populistas no han llevado a las masas a identificar claramente sus intereses y han constituido un instrumento del que se han valido los sectores dominantes

27. Agustín Cueva D., *El Proceso...* ob. cit., p. 82.

para manipular a los grupos sociales insatisfechos. Pero en el caso de que tales movimientos no hubieran aparecido, cabe preguntarse si los marginados o los subproletarios —como algunos los denominan— se habrían adherido a posiciones revolucionarias. La respuesta es negativa ya que las causas del populismo radican en la evolución *sui generis* de las “fuerzas productivas”. Un pueblo que participa en relaciones de producción no propiamente capitalistas, movido por sentimientos espontáneos y por intereses inmediatos, es incapaz de identificar sus “intereses de clase” y por tanto alcanzar un nivel político de “conciencia de clase”. Se ha visto con algún detalle que los marginados no atribuyen al sistema vigente la causa de su situación ya que no consideran que sus problemas tengan un origen estructural. Palabras como “capitalismo” o “imperialismo” para muchos de ellos no tienen ningún sentido. Son los problemas personales, circunstanciales y locales los que interesan a estos grupos sociales. Como se ha dicho reiteradamente, las “necesidades sentidas” dentro de una perspectiva bastante estrecha.

Las mayores debilidades del populismo afloran cuando triunfa y en el ejercicio del gobierno es incapaz de responder a las expectativas despertadas por el demagogo en la campaña electoral. En los partidos populistas es evidente la no participación de intelectuales y técnicos cuya racionalidad irremediablemente choca con la irracionalidad del líder carismático y con su autoritarismo que no tolera ninguna discrepancia. Siente fobia por los hombres que pueden hacerle sombra —que aumenta cuando más débil es su estatura política y está de por medio la reelección presidencial— a los que destruye sistemáticamente ya que, consciente o inconscientemente, busca fieles que se reduzcan a cumplir sus indiscutidas e indiscutibles órdenes. Como consecuencia, pierde el concurso de los equipos técnicos sin los cuales no es posible administrar un Estado moderno, sobre todo cuando es necesario concretar las pródigas ofertas realizadas en la campaña electoral. Otras razones también contribuyen a disminuir las posibilidades de éxito del populismo. El radicalismo verbal y las actitudes “efectistas” proyectan una imagen política radical que, si bien no guarda relación con la obra de gobierno —más bien conservadora—, atemoriza a los empresarios que detienen las inversiones, con lo cual el país asume el costo económico y social de todo proceso de cambio, pero sin que éste se realice. Sus pendulares desplazamientos ideológicos y la carencia de definiciones precisas —por

ejemplo sobre el papel de la empresa privada, del Estado y de la inversión extranjera— le llevan a ejecutar políticas contradictorias que imposibilitan la realización de un programa coherente y articulado. Su pensamiento político asistencialista y la mentalidad paternalista de las masas, le hacen perder de vista los problemas de conjunto y quedarse en la atención de asuntos marginales que muchas veces se resumen en el otorgamiento de favores y en la concesión de dádivas. Al no tener claramente delineados sus objetivos y carecer de una idea precisa sobre los medios a emplearse, es desbordado por la vastedad de los problemas populares y por la magnitud de las expectativas despertadas. Muchas veces hasta es incapaz de ordenar una administración, de controlar la ejecución de las leyes, de cortar la anarquía y de impedir la corrupción. Con mucha razón, José Medina Echavarría dice que tales partidos “cualquiera que sea su humana generosidad, son desde el punto de vista técnico tan erráticos e improvisadores que llevan en su mano la esencia misma de la ineficacia”.²⁸

28. José Medina Echavarría, ob. cit., p.100. Nota de editor: el libro citado es “Consideraciones sobre el desarrollo económico”, Solas-Hachette, Buenos Aires, 1964.